

HOMENAJE A LA MEMORIA
DEL MAESTRO
DOCTOR ISAAC COSTERO TUDANCA

ROSARIO BARROSO-MOGUEL*

Con profunda emoción y el temor de que la voz se quiebre al leer estas cuartillas, venimos hoy a rendir homenaje a un gran hombre, patriarca sabio, el Maestro Isaac Costero Tudanca, que en su vida plenamente lograda, con entrega total y generosa, fuente de optimismo inagotable, genial investigador e innatos dones didácticos, supo conquistar con su ilimitada calidad humana y científica el respeto, afecto, admiración y cariño de todos.

Un día del mes de mayo de 1940 ví en el pizarrón de la entrada de nuestra querida Facultad de Medicina, ubicada entonces en la Plaza de Santo Domingo, el anuncio de una conferencia que impartiría esa tarde el profesor y doctor Isaac Costero Tudanca, sobre el sistema retículo-endotelial, que interviene de manera tan importante en nuestras defensas contra la enfermedad.

No lo conocía, pues él daba clase a los alumnos del tercer año de la carrera y yo apenas había iniciado el segundo curso. Con profunda curiosidad me acerqué tímidamente a la puerta del auditorio, cuando oí la voz amable pero recia que decía mientras caminaba, según me pareció a mí, haciendo surcos al andar: "Pase mujer, pase, que ya vamos a iniciar el tema".

No puedo hablar desapasionadamente de su persona, tengo muy enraizados los 39 años que trabajé y aprendí a su lado.

La conferencia fue un éxito por su claridad, sencillez y trascendencia. Mil ideas, preguntas e inquietudes surgían a cada momento, despertando con su personalidad y manera de expresar hechos y experimentos, un interés continuo en todos los que le oíamos. Y ya para finalizar, un ruego inesperado de su parte: ¡quería la colaboración de ayudantes! No podía yo creer lo que oía. Aquella misma tarde le pedí ingresar a su laboratorio y a partir del día siguiente oí de sus labios enseñanzas científicas, experimentales y didácticas. Pronto se me unieron otros compañeros, entusiasmados por mis comentarios y al través de los años pasaron 68 más, hoy destacados anatomopatólogos en el país y en el extranjero. Así nació la Escuela Mexicana de Patología.

No puedo olvidar su tenaz resistencia y capacidad para el trabajo, realizado en jornadas de 10 a 12 horas diarias, ni la extraordinaria y genial facilidad para plantear, organizar y resolver temas de investigación y aclarar un diagnóstico, tras breves minutos de acucioso estudio. Tampoco olvido la infinita paciencia con la que el Maestro nos llevaba a todos de la mano; al mismo tiempo que nos enseñaba ciencia, nos enseñaba a hablar, a escribir artículos y como él decía "gramática parda", a ser y a comportarnos como humanos. ¡Cuánta sabiduría, bondad y alegría

Ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 5 de septiembre de 1979.

* Académica titular.

desbordaba en cada una de sus palabras, consejos y enseñanzas! Entre todos estos dones sabía conducir a las gentes, dándoles a cada uno su lugar y sembrando siempre afecto y respeto.

Era un gran organizador, tanto en el trabajo como en la enseñanza; despertó en nosotros la inquietud del saber, el gusto por la investigación, la docencia y la unión. Ayudó así directamente o con sus consejos a la fundación de la Asociación Mexicana de Anatomopatólogos, a la de la Sociedad Latinoamericana de Anatomía Patológica y organizó su primer congreso, de la que fue presidente vitalicio. Fundó y legalizó, junto con el doctor Gabriel Alvarez Fuertes, el Primer Consejo de Especialidades que existe en México, el de los anatomopatólogos y como secretario general intervino en la organización del IV Congreso Mundial de Cardiología. Siendo presidente de la Academia Nacional de Medicina, en el año de 1968, organizó el Congreso de la misma.

Fue maestro de la Facultad de Medicina desde el año de 1937 y de la Escuela de Odontología; profesor fundador de la Escuela de Medicina Rural del Instituto Politécnico Nacional, de la División de Estudios Superiores de la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Escuela de Biología de la Facultad de Ciencias. Ha impartido sus enseñanzas ininterrumpidamente desde 1937 a 1978 a más de 22 000 alumnos, de los que guardó sus fichas de inscripción con calificaciones y número de prácticas efectuadas. Para todos sus alumnos, a los que se entregó con especial cariño, escribió cuatro libros. Dos han servido de texto y consulta; otro es biográfico, con el resumen de sus investigaciones y trabajos originales, intercalando, de manera emotiva, un recuerdo a sus padres, a sus maestros hispanos, galos y alemanes, así como de familiares, compañeros y amigos. Su último libro, elaborado durante 17 años y terminado poco antes de su partida, engloba el para él un tema apasionante: *La estructura del cuerpo carotídeo normal y de sus tumores*, edición bilingüe que, sin duda, aclara muchos puntos oscuros en el estudio de zona reflexogénica tan importante para la regulación de la irrigación encefálica y de la presión arterial sistémica.

Además, no podemos dejar de mencionar las 264 monografías publicadas tanto en español como en inglés, francés y alemán, con estudios y hallazgos originales sobre la fiebre reumática, las enfermedades de la "colágena", la aterosclerosis, la sífilis, la hipertensión arterial, las nefrosclerosis, la circulación pulmonar, las miocardiopatías, los tumores hipofisarios, los meningiomas, la histogénesis de los tumores cerebrales, el estudio de los paraganglios y paragangliomas (como el feocromocitoma), el tumor carcinoide, la insuficiencia cardíaca, las cirrosis hepáticas y las escleroses pulmonares entre otras, completados siempre con el estudio en cultivo de tejidos y con la microscopía electrónica. Descubrió el cuarto elemento del sistema nervioso, donde se elaboran las

catecolaminas e integró el concepto de sistema argentaftin, elaborador de las catecolaminas, serotonina y dopamina, tan importantes en la transmisión nerviosa y en la regulación de la presión arterial.

Son múltiples los honores de que fue objeto y las distinciones académicas por él recibidas. Entre ellas citaremos algunas.

En 1963, en la Academia Internacional de Patología pronunció en Montreal la Conferencia Maude Abbott. En 1968 presentó en el Auditorio del Centro Médico la conferencia dedicada a Wilder Penfield. En 1972, en la Real Academia de Medicina de Madrid, la Conferencia a la memoria de Gregorio Marañón y en 1973, en nuestra Academia Nacional de Medicina, la Conferencia Miguel F. Jiménez. Del Gobierno de México recibió el Premio Nacional de Ciencias en 1972 y de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, el Premio Miguel Otero en el año de 1978, así como varias medallas, condecoraciones y diplomas de sociedades médicas del país y del extranjero. Fue nombrado profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México en mayo de 1978 y ella misma le ha otorgado, en febrero de este año, el título de *Doctor Honoris Causa*.

Se ha ido ya el Maestro y su muerte nos hace sentir huérfanos. Es una verdad muy dura, pero hay otra verdad muy hermosa. Su vida estuvo siempre de esplendor bañada. Ese esplendor que irradia de las almas buenas; con voz alegre y clara conforta espíritus, enciende llamaradas en la vida y en la ciencia. Despierta en todos la esperanza, la fe y perseverancia. Voz diáfana que aclara dudas, contesta las preguntas, infunde ánimos, consuelo, consejo y nunca cansa. Voz que despierta sed de seguirla oyendo, en clases, conferencias y charlas. Voz de verdad que para no herir a veces calla, pero que cuando habla nunca engaña e invita a meditar.

El esplendor de su alma lo refleja también en su mirada. Ve siempre lo bello de la vida, inquiere en sus más íntimos secretos, se entusiasma con el bosque, el mar y la montaña. Se encierra días y años, muchos años, y a través de su mirada arranca al microscopio imágenes que descubre y plasma, transmite a todos para que dejen de ser secretos, enseñen y ayuden al enfermo. Ansia febril de verlo todo, de vislumbrar el Infinito, de no desviar esa mirada del triste, al pobre, al niño y al amigo, viendo siempre la luz en la senda recorrida. Mirada limpia, blanca, viva y serena que ni el dolor cambió.

Su mente inquisitiva y creadora necesitaba una expresión a través de su voz y de sus manos. Manos de sembrador, que a lo largo de la vida realizan la obra de su espíritu gigante, siembra, siembra en todas las tierras, enseñando las técnicas aprendidas por él a sus maestros; no guarda nada para sí. ¡Con qué acuciosidad y cariño maneja todo, reactivos, microscopios, cámaras, fotos, libros y la máquina de escribir, su gran amiga! A través de sus manos conocemos sus escritos, sus enseñanzas en monografías,

libros y sus pensamientos. Manos limpias e impecables, cordiales y amistosas tendidas siempre a todos, pobres y ricos, débiles y poderosos, amigos y desconocidos.

Manos fuertes que supieron de épocas duras pero que supieron siempre guiar, apoyar y bendecir y recoger la fructífera cosecha en lo humano y en la ciencia, haciendo el bien como misión sagrada, poniendo siempre el alma en sus abiertas manos.

Su espíritu, noble y austero, fuerte y humilde, abierto a todo, juzga pero no critica, actúa y sugiere, pero no impone, disculpa, no rechaza a nadie y acoge a todos.

Contribuyendo a este ambiente y casi sin dejarse ver estaba siempre su amiga de la infancia, compañera y esposa por más de 50 años, doña Carmen

Gracia de Costero, quien por temporadas trabajó a su lado, tanto en España como en México y propició día a día su fructífera vida. El Maestro logró infundir en sus hijos el amor a las ciencias y a las artes y a uno de ellos, Rafael, hoy destacado astrónomo, su espíritu de investigador universitario.

Se prodigó a todos y varias veces le oí decir que era un hombre afortunado: tenía dos patrias, una de nacimiento y otra de adopción. Amaba a ambas, al mundo, a la vida y a las gentes.

Su sufrimiento lo fundió en el crisol de su grandeza. Al recordarlo, hacemos siempre una plegaria:

*“Devolvedle Señor en recompensa,
la felicidad eterna,
por cuanto dio en el curso de su vida”.*